

LA MADRE DE FAMILIA,

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco centimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenecen.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—
Jesús en la Cruz, poesía, por Enriqueta Lozano de
Vilchez.—El Secreto por Matilde Bourdon.—Varie-
dades.—Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

(CONTINUACION.)

Sobre mi cabeza, dos amantes pajarillos estaban construyendo su nido en el nudoso tronco del árbol, y divertían su trabajo con canticos de amor y de entusiasmo. Un poco mas allá ví á una mariposa que daba vueltas en torno de una florecita azul, que parecia ir entreabriendo su cáliz para ofrecerla un amoroso asilo... Hasta las plateadas ondas de una fuentequilla, corrían en pos la una de la otra pa-

ra confundirse mas lejos en una sola oleada...

—Tiene razon la abuela! murmuré tristemente, es amor lo que me falta! Pero ¿á quién he de amar? Mi madre ha muerto, Julia está lejos!... mi marido me desdena!...

Volví desalentada á casa.

Contra su costumbre, la abuela me esperaba en el umbral de la puerta, y parecia considerarme, mientras me acercaba á ella, con dolorosa expectativa...

Me cogió la mano, y sus ojos se fijaron con inquietud en los míos.

—Ay! exclamé en voz baja, estoy sola en el mundo... ¿á quién he de amar si nadie me ama?

La abuela me llevó consigo al huerto y me hizo sentar junto así, debajo de un castaño.

—¿Crees que el amor, me dijo, el amor que es el don mas precioso que Dios ha concedido al hombre, el sello de su divino origen, lo que le distingue de las criaturas inferiores, y le revela las delicias de otra vida, ¿crees que el amor se puede obtener sin combates, sin lágrimas, sin sufrimientos?

¿A quién has de amar? No te hablaré de mí

Estoy segura que algun día me amarás, porque yo te amo...

Pero ¿y tu marido? ¿No has jurado ante los altares dividir su cruz y apartar los abrojos de su camino?...

Es desdichado, y ¿qué haces tú para consolarle? ¿Nada! Y sin embargo, ¿no es una tarea bien hermosa, la de la mujer que se transforma en ángel para hacer que broten sonrisas de las lágrimas del triste? ¿Y no es en ella un deber, cuando el triste es su marido: es decir, la carne de su carne, la vida de su vida?

—¿Viene él por ventura á buscar el consuelo entre mis brazos?

—Para esto es preciso que antes la mujer haya sabido captarse su confianza; que haya sabido elevarse un pedestal junto al hogar doméstico. ¿Cómo quieres que él, con el orgullo innato y hasta cierto punto justo de su superioridad, vaya á pedir fortaleza al ser considerado como débil, frívolo, si ese ser con un tacto esquisito, no ha sabido revelar toda la grandeza de sus nobles facultades? Pero volvamos á los objetos á quienes tienen un deber de amar.

Esos dos pobres niños, que carecen de las sonrisas maternas, que es como si dijéramos, que carecen de la luz del sol; esos dos ángeles, á quienes su padre, preocupado con su infortunio, no concede ni siquiera una caricia, ¿qué será de ellos cuando yo fallezca, qué será de ellos si tú no los rodeas de afecto y de desvelos?

¿No te parece una mision bien sublime la de la mujer, que por un milagro del amor se convierte en madre, y se complace en formar las almas de sus hijuelos adoptivos para el bien y la virtud, logrando que sus ojos no busquen entre las nubes la imagen fugitiva de su perdida madre?

—Pero esos niños huyen de mí!...

—Tú quieres recoger sin sembrar, Enriqueta, y esto no es posible! Hasta Jesucristo vertió su preciosa sangre para recoger amor! ¿Y don Tomas? El pobre anciano poco necesita para ser feliz.... Algunas atenciones!... Por ejemplo, si en vez de estar en un rincon,

triste y silenciosa, le leyeras un rato por las noches; si éntaras en su aposento por las mañanas para alegrar los enojos de la vejez con tu juvenil sonrisa. Cuán poco te costaria todo esto, y cuán dichoso le harias! Y esos fieles servidores que han identificado su vida con la nuestra, que han participado de nuestras penas y alegrías... y los pobres!

Díme, Enriqueta, ¿no te parecia una notable empresa, capaz de conjurar la tristeza y el hastío, el volver á tu marido su antiguo bienestar? ¿No te parece que ese lauro sentaria muy bien á tu frente, y que te haria doblemente hermosa á los ojos de los hombres y á las miradas de Dios?

—Pero esto no es posible, respondí sonriendo, el trabajo de la mujer...

—El trabajo de sus manos apenas produce nada, pero sí el orden, la economía y el ejemplo... Esos son tres talismanes que pueden realizar grandes milagros... Cuando la madre de Eduardo se casó con mi hijo, éste poseia menos de lo que poseeis vosotros en el día. Yo la enseñé el secreto de encontrar la prosperidad, y tambien te lo enseñaré á tí, Enriqueta!

Mira: Eduardo, abatido con su desdicha, se ha vuelto cobarde y pusilánime; pero que vea que tiene á su lado una activa y laboriosa compañera; que vea que al cabo del año le quedan algunas economías, y se despertará en él su espíritu de especulacion, y tendrá alientos para rehacer su fortuna... Oh, que gloria para tí, el día en que, merced á tus afanes, reine en tu casa un modesto bienestar! qué dulce satisfaccion para tu alma, cuando veas fijas en tí las miradas llenas de amor, de consideracion y de respeto de tu marido; cuando oigas resonar en tus oidos un concierto de bendiciones, formado por las tiernas voces de los niños, que habrán hallado en tí una madre, por la de tus criados, por las de los pobres que te deberán su sustento y su alegría, y por la voz de tu conciencia, que te dirá: «has hecho bien» al despertarte por la mañana; «has hecho bien» al adormecerte tranquilamente por la noche, despues de haber cumplido tus deberes!

¿No te parece muy hermoso todo esto, hija querida? ¿no te parece una empresa muy noble, muy santa, muy digna de aquella cuya alma es hermana de los serafines? ¿Dónde quieres hallar un lauro mas bello, una gloria mas sublime?

—Pero yo nunca he pensado en nada de esto. ¿Cómo quiere usted que sepa conseguirlo?

—Me aceptas por preceptora?

—Madre, madre mia! exclamé arrojándome en sus brazos. Tenia usted razon en pensar que la amaria, porque la amo á usted ya!...

La abuela depositó un beso en mi frente.

Mi madre nunca me habia besado, Julia!

IV.

No sé como se hizo, Julia, que al dia siguiente me levanté muy temprano, sorprendiéndome á mí misma de ver que el sol doraba apenas los picachos de los montes, y que los pajarillos entonaban aun su canto de la mañana. Ah! los otros dias procuraba levantarme lo mas tarde posible, para acortar las horas de tristeza y de fastidio, pero aquel llena mi imaginación con un mundo de ideas nuevas, me precipité del lecho; en un instante hice mi tocador y bajé á la huerta en busca de la abuela.

Eduardo se estaba preparando para ir á caza, como de costumbre.

Al verme se sorprendió. Yo me acerqué á él con la frente cubierta de rubor.

—Tambien nos abandonas hoy! balbuceé tímidamente.

Fijó en mí una triste mirada. Aquella mirada parecia decir: que importa que viva ó muera!

Yo le cogí la mano.

—Hasta ahora, le dije con voz temblorosa, no he querido violentarte, pero has pasado ya demasiado tiempo consagrado al dolor, y debes mostrar alguna fortaleza. Además, que lo que se pierde tan fácilmente, no merece la pena de ser llorado con tanto extremo!

Eduardo pareció sorprenderse de este razo-

namiento, pero luego se encogió de hombros, llamó á los perros, y se fué.

Este mal éxito de mi primera tentativa me hizo una impresion muy dolorosa.

Dí algunos pasos por la huerta y fuí á sentarme debajo de un árbol, vertiendo allí escondida un torrente de lágrimas.

La frescura de la mañana y los alegres rayos del sol que jugueteaban en los charcos de hielo, fueron calmando poco á poco mi agitacion, y ya mas tranquila fijé mis distraídas miradas en el apacible cuadro que me rodeaba.

La huerta, á pesar de ser muy estensa, no ostentaba ni una sola flor: allí no crecia ni una sola planta inútil, y no se veian mas que árboles frutales, y las legumbres y hortalizas que ya empezaban á romper el seno de la tierra.

Que mal gusto tienen los viejos, pensé. Si aquí hubiesen formado un cuadro de flores, en cuyo centro descollase un bonito cenador, cuánto mas agradable seria el venir á respirar la brisa de la mañana saturada de perfumes! Son tan hermosas las flores! Yo las cuidaria con esmero, y hallaría en cuidarlas una poderosa distraccion. Esto poco podria costar, y qué delicia!

Ví á lo lejos al viejo Antonio, que desempeñaba en la casa los oficios de hortelano, carretero, criado y mayordomo. A la sazón estaba podando una higuera.

Llena de entusiasmo con mi nuevo plan me dirigí hácia él.

—Buenos dias, señorita, exclamó con su franca sonrisa, quitándose respetuosamente su gorro de pieles.

—Diga usted, Antonio, le pregunté, ¿no es buena esta tierra para sembrar flores?

—Ya lo creo! como que es la mejor del pueblo!... El rio está ahí.

(Continuará)

Angela Grassi.

JESÚS EN LA CRUZ,

*Pendiente de una cruz, mustio el semblante
La sien ceñida de punzante espina,
De la existencia en el postrer instante,
Jesús, muriendo, la cabeza inclina.
Su mirada dulcísima y amante
Alza en su afán con expresión divina,
Y al extinguirse de su ser la llama,
Así con voz agonizante esclama:*

*«¡Todo está consumado!... gota á gota
Ya di mi sangre por el hombre solo:
Libre será de la región ignota
Del polo ardiente hasta el helado polo.
Mi amor inmenso, que jamás se agota,
Borró por siempre de su culpa el dolo,
Y para él, de perdón y de consuelo
Ancho raudal descenderá del cielo.*

*Yo le di el mundo que creó mi diestra
De luz y vida y esplendor cercado,
Inenarrable y soberana muestra
De mi solo poder ilimitado;
La mancha de su error torpe y siniestra
Con tormentos sin fin he rescatado,
Y aun mi ruego por él, en blanca nube
Emanado de un Dios, hasta Dios sube.*

*Y al terminarse mi misión sagrada,
Le abro una fuente de eternal consuelo,
Su madre haciendo de mi Madre amada,
Casta delicia de mi casto anhelo.
Le doy mi creación, y mi sagrada
Inmensa eternidad; le doy mi cielo;
Y es tal mi amor por él, que mas le diera
Si mas un Dios imaginar pudiera.*

*¡Todo está consumado!... La alianza
Entre el sumo Hacedor y la criatura
Hoy en la augusta Cruz termino alcanza;
Sellada queda con mi sangre pura.
Yo le ofrezco cien mundos de esperanza
Al agotar mi caliz de amargura,
Y si él me da la muerte, deícida,
Yo le doy con mi muerte gloria y vida.*

*Todo está consumado!... sois mis hijos,
Los hijos de mi afán y de mi anhelo:
Llegad, tened en mí los ojos fijos
Que por una mirada os doy un cielo.
Si el mundo os ofreció males prolijos,
Venid á mí y encontrareis consuelo,
Que ante el pie de la cruz quedan abiertas
De la inmortal Salem las sacras puertas»*

*La eterna redención se ha consumado,
De un Dios lo dice la palabra pura:
Ni al hombre queda sello de pecado,
Ni á Jesús que sufrir queda amargura:
De clemencia y de amor la hora ha sonado,
Y un Serafín de célica hermosura
De uno al otro magnífico hemisferio
De gracia y de perdón canta el misterio.*

*Oh Señor! oh Señor! Espero y creo:
Yo á tus sagrados pies llanto derramo,
Y tu nombre inmortal dó quiera veo
y tu infinita plenitud aclamo.
Ciega y perdida aquí, tu luz deseo;
Débil muger, tu protección reclamo
Y tu cruz que al nacer selló mi frente,
Bendiga al espirar mi labio ardiente*

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EL SECRETO.

(CONTINUACION.)

«La heroica conducta de Rodolfo en medio de su inocencia implica la certeza de la existencia de Dios; yo he hallado esta certeza en mis remordimientos. En el fondo del corazon del hombre virtuoso reside un Dios, ha dicho un filósofo de la antigüedad. ¡Qué mejor tabernáculo que ese corazon mártir y resignado que sufre y me perdona! ¡La persistencia de mis remordimientos me da á conocer una Divinidad severa, cuya vista penetra á través de las sombras de la noche y de las negras profundidades de una conciencia criminal! Aquella voz que hablaba al parricida Neron; ese lenguaje espantoso de la naturaleza que resuena sin cesar en los oidos del culpable; ese terror sin nombre, esa flecha acerada que desgarrá el corazon; todos estos signos, todos estos temores son los mensajeros de un Dios vengador, mejor diré tal vez, de un Dios clemente, que amenaza en el tiempo para no castigar en la eternidad... También la eternidad me ha sido revelada con el horror que me causa la muerte.

«¿Es la muerte un sueño?... ¡Bien pudiera ser vigilia! ¡Qué vigilia para el culpable! ¡Comparecer delante de Dios, y la eternidad del suplicio en perspectiva!

«Los que tienen fé, tienen también esperanza: su Dios es el Dios del perdón y de las misericordias. Hojeando el Evangelio he leído con ternura el trance del ladrón crucificado con Jesucristo y recibiendo de su boca la seguridad del perdón: *Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso...* ¡Feliz delincuente! Pero ¿había acaso asesinado á sus hermanos? ¡No importa! Quiero meditar sobre esta religion que apacigua y perdona... quiero orar...

«Oro todos los días, clamo á Dios: ¡Soy un miserable! ¡Tened piedad de mí, Señor! Leo, consulto cuantos libros pueden darme luz sobre la religion católica; y cuánto más estudio, cuánto más me remonto á su elevado origen, más cierto estoy de su divinidad, mayor seguridad adquiero de que esa mision de la Iglesia, de atar y desatar, no puede haberle sido confiada si no por el mismo Dios. Hay, pues, en la tierra hombres

que hablándome en nombre de Dios, tienen el poder de perdonarme. Luego si yo me acercara á uno de esos hombres para oír la palabra de salvacion y de gracia, si me postrara á los pies de ese tribunal en que no hay otro acusador que el mismo reo, podría hallar la paz y levantarme reconciliado. El acusarse ¿no implica la necesidad de la confesion? ¿no hallaría por ventura en esta inocencia recuperada una fuerza desconocida hasta aquí para expiar y sufrir?...

«No me es posible ya desconocer esta verdad por tanto tiempo oculta á mis ojos. El Sér supremo cuya existencia nadie puede negar por el simple exámen de sí mismo, estableció alianza con sus criaturas grabando en su corazon esta ley divina:

«Adorar al Creador, hacer el bien, evitar el mal, y si por desgracia se comete, repararlo. Esta ley, que se borraba de la memoria olvidadiza de los hombres, la hizo escribir más tarde en el monte Sinaí, confiándola á su pueblo escogido. Dos mil años despues, el Salvador, lejos de destruirla, vino á completarla y perfeccionarla; dió por los hombres toda su sangre, borrando la sentencia general de condenacion pronunciada contra los hijos de Adán, y dejando á los pecadores el medio de lavar su alma con esta misma sangre redentora. No, no hay crimen alguno que no pueda borrar esta sangre preciosa de que la Iglesia es el sagrado depositario; la Iglesia instituida desde los primeros días del mundo, continuada en el sacerdocio levítico, y establecida sobre una piedra indestructible por el mismo Jesucristo. Tal es hoy día mi creencia.

«Por tanto, cuando se ha incurrido en algun crimen, ¿qué quiere Dios, qué quiere la Iglesia, qué reclama la tradicion constante y universal del género humano?—La confesion... El Señor la pide á nuestros primeros padres, despues de la fatal desobediencia, y la promesa de un Redentor sigue á la humilde confesion del crimen. El sumo sacerdote en nombre de las doce tribus confesaba las prevaricaciones de su pueblo, y despues de haberlas confesado, despues de haber ofrecido una víctima, la introducía purificada en el sitio sagrado del Santo de los santos... Más expresa y más íntima á la vez la Ley evangélica, impone á cada hombre la confesion de sus faltas á otro hombre que representa al mismo Dios, y que está ligado con el más inviolable secreto... Hé aquí el divino remedio aplicado á los males de la humanidad; hé aquí la suprema y única esperanza de los desgraciados culpables. No matarás... no llevarás falsos testimonios, dice la Ley antigua; pero á los que han olvidado esta moral santa, grabada en el fondo

del corazón humano; á los que desde el fondo de sus miserias levantan los ojos al cielo, les queda todavía un recurso: «Serán perdonados los pecados á quienes vosotros los perdonáreis, serán retenidos á quienes vosotros los retuviéreis.» Esta es la palabra de salvación que adoro, que levanta mi espíritu abatido, y me hace vislumbrar un rayo de esperanza entre las sombras en que mi doble crimen me ha sumergido.»

CAPÍTULO VII.

Tolon.

El sol caminaba á su ocaso. En la capilla más retirada de la iglesia de... un sacerdote confesaba algunas mujeres que se preparaban, después de sus faenas de aquel día, para una solemnidad que el siguiente día celebrabase. El templo estaba oscuro; sólo en la capilla de que hablamos ardía una lámpara que dejaba ver el gótico confesonario, el altar adornado de blanco para la fiesta próxima, y un cuadro sobre el retablo representando á Cristo estrechos ladrones. Un rayo de luz caía sobre el rostro del Salvador, en que se leía una mansedumbre inefable. Uno de los ladrones se agitaba entre las convulsiones de la agonía, mientras el otro elevaba al divino Compañero de su suplicio una mirada de suprema esperanza, pudiendo afirmarse que el pincel del artista había representado con maestría este acto de perdón, último rasgo de la vida mortal de Jesucristo. Percibíase en la capilla el sordo murmullo de las voces que se ahogaban en las paredes del confesonario; un vago olor de incienso embalsamaba el aire; todo era calma, silencio, recogimiento. Un hombre fué á arrodillarse junto á la grada del altar, y después de haber orado mucho rato, apoyando la cabeza sobre sus manos juntas, levantó los ojos hácia el Cristo con ardiente súplica. Dejose oír un ligero ruido junto al confesonario, de donde acababa de salir la última penitente, que se alejaba con lentitud. Alfredo Servais se levantó con resolución, y fué á prosternarse á los pies del sacerdote.

Largo tiempo duró la confesión, pero la iglesia estaba desierta: ningún oído humano podía sorprender ni los acentos del criminal que se acusaba á sí mismo, ni la voz consoladora del ministro de Dios que vivificaba aquella alma anonadada y humillada. En fin, recibida la absolución, Alfredo se levantó pálido, pero tranquilo; de nuevo se volvió junto á la grada, cayó de rodillas, y un torrente de lágrimas benditas inundó la sagrada mesa.

Sin embargo, á la confesión y arrepentimiento debía seguir la expiación. Fiel á las disposiciones y consejos del confesor, en armonía con sus propios deseos, dedicóse desde luego á fervorosos ejercicios de penitencia y piedad; pero no tardó en partir para Tolon, decidido á humillarse primero á los pies de su amigo, y manifestar después á la justicia humana el error en que había incurrido. Todo cuanto había temido hasta entonces, desaparecía á sus ojos, ante el consuelo de la reparación: su conciencia apaciguada le hacia experimentar un gozo desconocido; hubiérase dicho que le habían quitado de encima un enorme peso, que le habían cicatrizado una herida que antes le hacia sufrir á cada instante: olvidado de sí mismo, no pensaba más que en Rodolfo: Rodolfo libertado, justificado y bastante joven aún para empezar de nuevo la vida. El pensamiento de la deshonra pública le preocupaba tanto menos, cuanto sabía el agudo martirio que causa á ciertas almas una reputación usurpada: cristiano penitente, comprendía la justa necesidad de sacrificar el amor propio: por lo demás, poco importaba ya un mundo de mentiras á quien aspiraba por los verdaderos y eternos gozos.

Llegado á Tolon, dirigióse á la cárcel pidiendo permiso para hablar un rato á solas con un penado llamado Rodolfo. Hicieronle pasar á una sala de espera, donde aguardó, preso de una ansiedad inexplicable. A cada ruido que se notaba creía ver aparecer á Rodolfo; la aproximación del momento decisivo, imponente, temido y deseado á la vez, le causaba esas angustias capaces tal vez por sí mismas de espiar las faltas de toda una vida.

Después de una larga espera, dejóse oír en los corredores el paso lento de una persona que se acercaba. Alfredo se levantó temblando: una nube errante turbó su vista, pero en el fondo de su corazón, al temor inseparable de aquel momento, se mezclaba un raptó de alegría causado á la vez por la amistad y la conciencia.

Abrióse la puerta: un anciano sacerdote, encorvado por los años, entró con lentitud; sus ojos débiles buscaron al joven que le miraba con sorpresa.

—Caballero, dijo; ¿es V. quien pregunta por el penado Rodolfo Delannoy?

—Sí, señor.

—Yo soy el capellán de la cárcel, y puesto que V. se interesa por ese desgraciado joven, tengo el pesar de decirle que ha muerto hace tres días.

—¡Muerto!... ¡demasiado tarde!... exclamó Alfredo consternado y cayendo sobre una silla.

—Si, señor, ha muerto; pero sin duda será gran consuelo para V., que al parecer le quería mucho, el saber que ha tenido la muerte de los justos, y que podemos concebir sobre su salvación eterna las mas fundadas esperanzas. Dios es bueno, y suele complacerse en conceder grandes gracias á aquellos mismos á quienes el mundo desprecia. Este joven, desde su llegada á la cárcel, fué un modelo de buena conducta y resignación; daba muestras de ser bien nacido, bien educado, y poco a poco la fe que le habian infundido sin duda los desvelos de una madre cristiana, vino á ejercer sobre él una influencia poderosa. Llegó á ser un santo, señor! Nunca hablaba del crimen por el cual habia sido condenado; sufría con paciencia la pena como penitente, deseoso de lavar sus faltas, cualesquiera que fuesen, en las aguas de la modificación cristiana. Despues de haber dado en estos sitios de miseria ejemplos que los claustros hubieran envidiado, ha muerto víctima de la caridad hacia sus hermanos, pues contrajo la calentura perniciosa á que ha sucumbido, cuidando algunos de sus compañeros que padecian de este mal. ¡Enfermo, moribundo, nos ha edificado á todos! ¡Qué candor! ¡qué conformidad con la voluntad divina! ¡qué deseo de los Sacramentos! ¡qué abandono entre las manos del Padre celestial! ¡qué oración tan continua! Si, señor; tanto las buenas hermanas que le cuidaban, como yo que le asistia espiritualmente, estamos tentados por encomendarnos á su intercesión... Antes de morir y en pleno conocimiento escribio una carta que me hizo entregar, y que iba á expedir hoy mismo... Esta dirigida al Sr. Alfredo Servais; me han dicho, señor, que V. llevaba este nombre.

—Si, señor, yo mismo soy.

El sacerdote sacó de su cartera un billete cerrado, que entregó á Alfredo. Este lo tomó temblando, y lo acompaño hasta la puerta, hablando sin cesar de Rodolfo, cuyas virtudes y muerte habian producido en el tan viva impresion.

He aquí lo que el penado escribia á su amigo: «Voy á morir, Alfredo; voy á reunirme con mi pobre madre y unirme para siempre con mi Dios, que me ha visitado y consolado en esta cárcel. La mano que tantas veces ha apretado la tuya, va á helarse en el sepulcro; pero el alma á quien amas, vive una vida inmortal, velará sobre tí, rogara por tí. Escúchame: yo muero, ya lo sabes, inocente del crimen por el cual he sido condenado, yo perdono á mis jueces, que sólo juzgaron por indicios...; pero hay otro tal vez que necesite de mi perdón... yo se lo otorgo completo.

«Criados el uno junto al otro, amigos desde la

cuna, yo conocia, Alfredo, tu gesto, tu mirada, tu voz. Tu dolor y tus remordimientos te hicieron traicion ante unos ojos á quienes nada te era dado ocultar. Un incidente, que es superfluo recordar aquí, cambió mi sospecha en certidumbre... Una palabra, y estabas perdido; pero esta palabra yo no podia decir; me callé, tuve compasión de tí y te perdoné: ahora en el momento de morir, purificado, como espero, de mis faltas por la misericordia de Dios y esta ruda expiación, me complazco en repetirte, querido amigo de mi infancia, que te perdono y te amo. Recibe el testamento de mi amistad: este silencio que yo he guardado, te lo impongo á mi vez á tí: no reveles, te lo prohibo, este doloroso secreto; no creas que con descubrirlo realzases ni honrases mi memoria. Nada necesito ya del mundo ni de los hombres; voy á descansar en el seno de Dios. Tú, que permanecerás sobre la tierra, sufre como pena tu reputación; sirvete de ella para hacer bien, y si el Señor no ha llamado todavía á tu corazón, invócale para que te llame y ampare... Conducidos por caminos diferentes, tú por el honor, yo por la ignominia, nos reuniremos al fin del viaje; ¿qué mas queremos ya? Acuérdate de mi postrera disposición: guarda el secreto, y no creas honrar mi memoria desobediendo mi última voluntad.

«A Dios, mi último pensamiento terrestre es para tí.—Rodolfo.»

A medida que Alfredo avanzaba en la lectura de esta carta, su rostro palidecia, sus rodillas vacilaban. Era una impresion demasiado fuerte, y esta última prueba estaba por encima de sus fuerzas. Alfredo se dirigió al capellan: «Aquí es, dijo con voz apagada... aquí es el sitio donde yo debo morir... ¡Oh Dios mio, tened misericordia de mí!» Y cayó sin conocimiento á los pies del ministro del Altísimo. El sacerdote estendió las manos y dió la absolución suprema. Alfredo Servais rindió el espíritu al Señor.

Así esos tres jovenes, esos tres amigos, antes tan llenos de gracia y vida, perecieron víctimas de la horrorosa pasión que en nuestros dias siembra el luto entre tantas familias; mas por efecto de la inagotable clemencia de Dios, que sabe sacar bien del mismo mal, Carlos Dars espiró perdonando, Rodolfo Delannoy fué martir de la amistad y Alfredo Servais murió de arrepentimiento.

FIN.



VARIEDADES.

FUERZA MUSCULAR DEL ÁGUILA.

El águila está dotada de una gran fuerza muscular; y arrebatada con facilidad aves de gran tamaño, así por ejemplo, ocas, pavos, grullas, etc., como también liebres, cabritos y corderos.

En las montañas en que abunda la gamuza, le da caza, y emplea diferentes ardides para hacerla caer en su poder, pues no siempre se atreve á atacarla de frente, porque la gamuza sabe tenerla en respecto con sus cuernos, si está bien abrigada por detrás.

Muchas veces el águila mata su presa de un solo golpe de su ala, sin oprimirla entre sus garras ni destrozarla con el pico; así, no es de admirar que el vigor muscular de sus alas le permita arrebatarse niños y llevárselos á cierta distancia.

Por mucho tiempo no se ha querido dar crédito á los hechos de esta naturaleza; pero los testimonios de personas dignas de toda confianza, han puesto hoy día esta cuestión fuera de toda duda. Vamos á citar algunos casos.

En el canton de Vaud (Suiza), estaban jugando en un prado dos niñas de edad, la una de tres años, y de cinco la otra. De repente un águila se arroja sobre la mayor y se la lleva. Las más activas pesquisas no dieron más resultado que encontrar un zapato y una media de la niña. Dos meses habrían transcurrido cuando un pastor encontró, horriblemente mutilado el cadáver de la víctima, tendido sobre un peñasco, á media legua al ménos de distancia del prado en que había tenido lugar el rapto.

En la isla de Skye, en Escocia, una muger había dejado á su hijo en el campo. Una águila se llevó el niño en sus garras, y atravesando un lago bastante grande, fué á depositarlo en una roca. Afortunadamente el rapto fué visto por unos pastores, que llegaron á tiempo para libertar al niño, y restituirlo á su madre sano y salvo.

En Suecia, otro niño fué arrebatado en las mismas circunstancias. La madre, que se hallaba á alguna distancia, oyó largo rato los gritos que exhalaba su tierno hijo, y le era imposible prestarle ningún socorro! Muy pronto desapareció el niño: la madre se volvió loca de dolor.

En el canton de Ginebra, un muchacho de diez años, que estaba sacando del nido unos aguiluchos, fué cogido por una de las águilas y llevado á más de seiscientos metros del lugar donde estaba primitivamente. Sus compañeros le libertaron, sin haber su-

frido más percance que una fuerte magulladura, debida á las garras del ave.

En las islas Feroe, un águila cogió un niño, que se hallaba momentáneamente separado de su madre, y lo llevó á su nido, colocado en la punta de una peña cortada á pico. El amor de madre dió fuerzas á la desgraciada muger para llegar hasta el nido; pero halló á su hijo ya muerto.

Debemos añadir, sin embargo, que los raptos de niños por las águilas son muy raros. Ordinariamente el águila huye del hombre, contra el cual no puede luchar. El águila ataca sobre todo á los corderos recién nacidos, y con frecuencia se los lleva, á pesar de los gritos de los pastores y de los labridos de los perros. Ataca también algunas veces á los cervatillos y á los becerros; pero no se los lleva, cómeselos en el mismo lugar y contentase con llevarse algunos trozos á su nido.

M. FIGUIER.

CORRESPONDENCIA.

Rubielos de Mora. Sr. don P. P., Sentimos mucho la muerte de su señor tío; estamos conformes con su cuenta y las obras que dice puede devolverlas á esta Administración.

Redondela. Sra. doña M. P., con los 24 rs. que envía deja abonado hasta fin de Octubre del 80.

Santiago. Sr. don A. M., recibidos los 24 rs.; deja abonado hasta fin de Abril del 81.

Tarifa. Sra. doña M. J. D. y B., recibidos los 10 reales. La novela Calvario y Redencion, empezó á publicarse en Enero del 77.

Zaragoza. Señora doña M. del P. Ó., en nuestro poder los 4 rs.

Sevilla. Señor don J. G. P.; recibidos los 14 rs.

Idem. Señora doña V. R.; con los 20 rs. que envía deja abonado hasta fin de Diciembre del 80.

Idem. Señora doña J. C., anotados los 14.

Idem. Señor don J. L. id. id.

Gomera. Señora doña A. C., como el año del periódico importa 24 rs., por eso se encuentra en descubierto de 4 rs. hasta fin de Diciembre del 79.

Segovia. Señora doña F. N. de L., recibidos los 28 rs.

Sierra de Yeguas. Señora doña C. S., el pago de la suscripcion puede remitirlo en sellos de 25 cénts. y le será más fácil.

Sevilla. Señora doña D. S., recibidos los 28 rs., dejando abonado el periódico hasta fin de Diciembre de 1880

La Directora.

Granada.—Imprenta de «La Madre de Familia».